

El sistema de partidos en Chile. 1990-2009*

Tomás Moulián**

RESUMEN

El sistema de partidos en Chile desde 1990 se diferencia del existente en la etapa previa por su pérdida de polaridad, marcada por los cambios ocurridos en el Partido Socialista, que de una orientación marxista-bolchevique pasa a una postura socialdemócrata, y por la conformación de un sistema electoral binominal que deja fuera de la representación parlamentaria a los partidos de izquierda más extremos. Todo ello ha llevado a la conformación de un sistema de partidos de oposiciones consensuales. Las próximas elecciones presidenciales en diciembre de 2009 y un triunfo de la derecha política podrían alterar este cuadro.

PALABRAS CLAVES: sistema de partidos, oposiciones consensuales, polaridad

ABSTRACT

The party system in Chile since 1990, unlike in the pre-existing for their loss of polarity, marked by the changes to the Socialist Party, that of a Marxist-Bolshevik passed to a social position, and the formation of binomial electoral system which leaves out of parliamentary representation to parties of the extreme left. This has led to the establishment of a system of consensual opposition parties. The next presidential elections in December 2009 and a triumph of the political right could alter this picture.

KEYWORDS: party system, opposition consensual polarity

INTRODUCCIÓN

El marco institucional dentro del cual operaba el sistema de partidos existente entre 1932 y 1973 era un régimen presidencialista, que

* Una versión preliminar de este artículo aparece en el libro de Marcelo Cavarozzi y Juan Abad Medina (comps.), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Homo Sapiens Editores, Argentina. Este texto, muy modificado, abarca además un periodo más amplio.

** Profesor-investigador en la Universidad Arcis y en la Flacso-Chile.

reemplazó al régimen parlamentario *sui generis* existente entre 1891 y 1925. En este último la función gubernamental era ejercida por gabinetes constituidos de acuerdo con decisiones parlamentarias, dentro de un sistema multipartidario de siete u ocho partidos importantes. El sistema electoral era proporcional, de manera tal que no forzaba sino que reconocía la realidad multipartidaria existente.

Desde la instalación de la Constitución de 1925 el sistema de partidos se organiza como un campo diferenciado en tres partes, según la nomenclatura derecha, centro e izquierda. Sin embargo, esos tres grandes espacios no fueron ocupados por un solo partido, con excepción del espacio del centro, el cual durante bastante tiempo fue monopolizado por los radicales. Esta localización al centro de un partido flexible en materia de alianzas favoreció la existencia en cada extremo de un partido puente, más disponible para alianzas con aquel centro.

La principal característica de este sistema no fue sólo su organización tripartita de base ideológica, lo que ya lo hace atípico respecto del resto de América Latina, sino también la distancia ideológica existente entre los extremos. En este caso la distancia era máxima, por lo que se puede tildar de *heterodoxo* al sistema de partidos, pues institucionaliza dentro de un espacio legal a partidos ideológicos que proponen la revolución, como era el caso de los partidos de izquierda.

Nos encontramos entonces con un fenómeno que es también atípico según los patrones europeos. En Europa, los partidos socialistas o socialdemócratas se escindieron desde 1918 en adelante en un ala reformista y en un ala revolucionaria, admiradora de la Unión Soviética e inspirada en el marxismo. En Chile no se produjo este dualismo en el campo de la izquierda, de manera que tanto comunistas como socialistas fueron semejantes desde el punto de vista ideológico ya que ambos proponían una concepción parecida de la revolución. Aunque los socialistas no tenían como modelo a la Unión Soviética y rechazaban el estalinismo, no derivaron hacia una concepción reformista, por lo menos hasta 1980.

Esta distancia antagónica entre los extremos dio lugar a la existencia de un sistema con polaridad. Sin embargo, este tipo de campo tuvo una estabilidad de larga duración, 50 años, lo que es mucho tiempo en la temporalidad política de América Latina. La inesperada estabilidad de este sistema de partidos se apoyaba,

como se dijo, en la existencia de poderosos partidos intermedios multiclasisistas.

En este sentido, el cambio crucial de este sistema de partidos fue la emergencia de un nuevo centro a fines de la década de 1950, primero en las elecciones parlamentarias de 1957 y luego en las presidenciales de 1958. Se trató de la Democracia Cristiana, la cual fue progresivamente debilitando a ese centro pendular clásico que era el Partido Radical. El proceso que tiene lugar con esta sustitución es la ideologización del nuevo centro que llegó a ser predominante.

Por una parte, se desarrolló una separación irreductible entre la Democracia Cristiana y la Derecha (representada por el Partido Nacional), basada en el resentimiento político forjado por el intenso reformismo del partido intermedio, especialmente expresado en sus políticas agrarias. Por otra parte, existió la imposibilidad de construir una alianza entre ese centro, con vocación ideológica de centro-izquierda, y la izquierda, embarcada en la arriesgada aventura del gobierno popular y muy influida por el visceral antialiancismo de los socialistas.

El sistema de partidos había perdido la elasticidad que lo caracterizó, la cual provenía (repito) de la posibilidad del partido intermedio predominante de realizar una política articuladora. La ideologización experimentada por el mismo centro demócrata cristiano le cierra la posibilidad de entenderse con la derecha y el veto socialista le impide cualquier acuerdo de cambios con la izquierda y en los momentos más críticos del gobierno de Eduardo Frei Montalva entre 1964-1970, le impide obtener siquiera un acuerdo de gobernabilidad.

Se ha dicho que se trataba de un sistema con polaridad pero, y esto es muy importante, sin polarización. De este modo el sistema sólo se desliza hacia situaciones críticas cuando tiene lugar la polarización. Ésta comienza durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, como consecuencia de los movimientos de centrifugación del centro demócrata cristiano, caracterizada por un doble movimiento de separación de ese partido de las fuerzas colocadas a su derecha y también a su izquierda.

Pero ese proceso de crisis sólo se consuma con la llegada al gobierno de la Unidad Popular, la cual (como sabemos) moviliza en contra a Estados Unidos y finalmente a las fuerzas militares.

La tragedia está ubicada hacia el final del camino del “reformismo incremental”, el cual después de la “revolución en libertad” apunta a la “vía chilena al socialismo”. Como he dicho en otros artículos nada de esto fue inevitable.

EL SISTEMA DE PARTIDOS ENTRE 1990 Y LA ACTUALIDAD

El contexto interno e internacional

La situación internacional del periodo transcurrido desde el momento en que se terminó la dictadura militar a causa de la derrota de Augusto Pinochet en el plebiscito sucesorio (octubre de 1989) y la posterior elección de Patricio Aylwin en diciembre de 1989 hasta los comicios presidenciales del 2005, está marcada de manera importante por el derrumbe de los “socialismos reales” en Europa, en especial en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Ese proceso había comenzado después de la muerte de Leonid Breznev en 1982, el cual (como se ha dicho) había mantenido funcionando a la sociedad soviética a partir de políticas de continuidad. La selección de su sucesor, Mijail Gorbachov, representó la llegada al poder de un reformista, quien pretendió renovar las políticas económicas pero sobre todo generar una transformación política. Nicolás Maquiavelo en *El Príncipe* había indicado los peligros que producía el ablandar los controles en los regímenes despóticos. El caso soviético es una comprobación de la realidad de ese aserto, pues el clima generado por las reformas terminó por derrumbar el poder del omnipotente Partido Comunista e incluso por destruir el consolidado régimen federal.

Otro elemento decisivo fue el desarrollo del proceso de neoliberalización a escala mundial. Como se sabe Chile había sido pionero en ese aspecto pues el viraje neoliberal de las políticas económicas había comenzado muy temprano, en abril de 1975, mientras que Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos recién llegaron al gobierno entre 1979 y 1980, aunque prolongándose por diez años.

Ese proceso de neoliberalización también alcanzó a los gobiernos socialdemócratas en Europa y a ciertos gobiernos de América del Sur de orientación populista, donde fue muy importante el liderazgo del peronista Carlos Menem en Argentina durante la década de 1990 e

incluso el de Tabaré Vázquez en Uruguay desde las elecciones del 2004. Estas circunstancias internacionales hacen más comprensible la continuidad neoliberalizante de la Concertación chilena.

Pero, al mismo tiempo, hacen más difícil de comprender el éxito de los gobiernos progresistas de Hugo Chávez en Venezuela, de Evo Morales en Bolivia y de Rafael Correa en Ecuador, pues éstos caminan a contrapelo de una tendencia mundial y en especial a contramano de la política estadounidense. La continuidad de estas experiencias revela que se puede avanzar en una dirección distinta a la del neoliberalismo a escala mundial, si se consigue forjar un gran apoyo popular interno para proyectos de reformas y se realizan políticas internacionales prudentes.

El sistema

Desde 1990 hasta el 2000, nos encontramos con un sistema de partidos que tiene un poco más de diez años de pleno funcionamiento legal. Sus características son muy diferentes del sistema anterior, empezando por el marco institucional, el cual será analizado a continuación.

a) El marco institucional

El régimen político de la Constitución de 1980 instaló un régimen presidencial que duró hasta las grandes reformas constitucionales del 2005, el cual tuvo aún mayores atribuciones que el anterior pues además tuvo un carácter semirepresentativo. Esta definición del sistema está basada en los siguientes rasgos:

- a) la composición mixta del Senado, pues participaban senadores designados y vitalicios, aunque el cuerpo tenía casi las mismas funciones legislativas que la Cámara y no las funciones subalternas de los Senados existentes en regímenes parlamentarios, por ejemplo en Europa,
- b) el papel del Tribunal Constitucional como órgano de decisión en última instancia sobre las leyes definidas por los parlamentarios, pese a que sus miembros no derivaban su representación del sufragio universal,

- c) la existencia de un régimen electoral de carácter binominal,
- d) la vigencia de un sistema de *ballotage* en las elecciones presidenciales,
- e) la necesidad de los partidos de obtener un mínimo de 5% en el país o en tres regiones limítrofes para mantener su legalización.

Las características del sistema electoral existente produjeron efectos políticos importantes, dado que fue sumamente excluyente, a diferencia del que existía hasta 1973. El sistema de conversión de votos en escaños es un binominal con posibilidad de coaliciones. El modelo binominal más restrictivo, sin posibilidad de armar coaliciones, hubiese forzado al bipartidismo, o sea a la constitución de dos grandes formaciones políticas, posiblemente diferenciadas desde el punto de vista ideológico. Pero la existencia de la posibilidad coalicional permitió la sobrevivencia del clásico multipartidismo chileno. Las organizaciones más pequeñas, que tenían cabida dentro del gran arco coalicional, sobrevivían sobre la base de negociar sus cupos en el momento de formación de las plantillas.

El problema mayor se presenta para los partidos que no caben dentro de los límites de las dos grandes coaliciones ya que éstos prácticamente quedan fuera del Parlamento. Aunque puedan obtener 5% del voto a nivel nacional, que es uno de los requisitos legales de existencia como partidos, generalmente no tienen en ninguna circunscripción la suficiente fuerza para conseguir un escaño, puesto que necesitan una votación muy alta. Ese ha sido el caso del Partido Comunista en todas las elecciones parlamentarias que han tenido lugar por lo menos desde 1989 hasta las elecciones del 2008.

El sistema se presenta como inequitativo y por lo mismo no concita un alto interés por la participación de los ciudadanos. Ocurre que los que participan están de manera constante enfrentados al dilema del voto útil, o sea obligados a votar de forma instrumental. Frente a esa situación la opción de no inscribirse adquiere significado, incluso político. Se evita con ello estar permanentemente enfrentados al voto a presión o al voto con disgusto, destinado a favorecer a la coalición que se considera menos mala.

b) Un sistema sin polaridad

La gran diferencia del sistema de partidos chileno previo a 1973 y el campo posterior a esa fecha es la eliminación del efecto polaridad. Como ya se dijo, el sistema de partidos existente hasta 1973 tenía polaridad, la cual no devino en polarización sino hasta la fase terminal 1970-1973. El sistema existente desde 1989 en adelante se organiza sin polaridad o más bien con una polaridad residual, por lo menos hasta los comicios del 2008.

La gran diferencia entre uno y otro sistema de partidos reside en el cambio experimentado en una parte del ala izquierda del espectro. El Partido Socialista dejó de ser un partido marxista clásico o bolchevique, alineado con la visión socialista de la revolución, y se convirtió en un partido de orientación socialdemócrata. Ese hecho ha sido decisivo para efectos del cambio global del sistema, pues ya el campo de partidos no presenta una distancia ideológica antagónica entre los extremos.

Combinado con esto, el sistema electoral binominal ha desempeñado su papel y dejado fuera del parlamento a los partidos de izquierda más extremos, quienes no tienen hasta las elecciones del año 2008 acceso (por lo menos fácil o expedito) a alguna coalición que les permita convertir de forma eficiente sus votos en escaños parlamentarios.

El sistema de partidos dejó de ser un sistema con polaridad y se convierte en un sistema de oposiciones consensuales, en cuyos márgenes orbitan con poco éxito partidos más izquierdistas. En las elecciones parlamentarias del 2004 el Partido Comunista se movió del 5 al 7% a nivel nacional, pero sin conseguir ningún escaño, pese a haber llegado en algunas circunscripciones al 24% de los votos.

Sin embargo, la existencia de esos partidos marginales no alcanza a incidir de manera importante sobre la dinámica del sistema, puesto que su influencia ha sido baja en la distribución del poder político.

c) La desideologización de los partidos

Uno de los grandes temas de la transición del autoritarismo a la democracia representativa en Chile ha sido su coincidencia con la declaración generalizada de la muerte de las ideologías. El principal

evento que suscitó esa desilusión fue el llamado fin de los “socialismos reales”, momento considerado como de término de los grandes discursos políticos o de los discursos que pretendían sostener alguna teoría de la historia que vinculara de manera férrea, a partir de leyes históricas, el presente con un porvenir predeterminado.

Sin embargo, la situación debe considerarse de carácter paradójico. Mientras desde la izquierda se sostiene el fin de las ideologías, la derecha logra construir y difundir a escala planetaria el neoliberalismo como la única ideología válida. La privación de discursos ideológicos por parte de los sectores progresistas ha tenido un efecto disolvente sobre sus formas de hacer política y sobre las luchas por el poder en las orgánicas partidarias.

Este autodescote del discurso ideológico deja a los partidos progresistas sin capacidad de ofrecer futuro, lo cual ha sido un elemento central para el involucramiento político de sectores juveniles o de segmentos que, en el pasado, fueron movilizados por una ideología fuerte. Lo que podría fascinar o, de manera más suave, atraer a sectores de esos grupos etéreos, específicamente los más jóvenes, era el desafío de construir un futuro distinto del presente, lo que significaría una vuelta a una política con sentido colectivo.

Es conveniente insistir en el hecho novedoso de que hoy en Chile es la derecha la que sostiene con más fuerza y con mayor audibilidad ese discurso de futuro. Le otorga credibilidad a sus planteamientos haber estado privadas del poder estatal en su grado máximo (poder Ejecutivo), por lo menos durante los años posdictadura. Desde ese no-poder en “lo alto” el discurso de cambio adquiere más potencia, sobre todo cuando la situación social está deteriorada en términos de desempleo y de condiciones de exclusión.

Además, la crítica de la derecha chilena a las ideologías no es universal, se limita a aquellas que llama clasistas, o sea vinculadas al marxismo. Como se ha dicho, esa corriente partidista de derecha, se ha preocupado por elaborar y divulgar su propia ideología, el neoliberalismo, usando con mucha eficacia los aparatos ideológicos de que dispone (medios de comunicación masiva, centros de investigación, universidades). Ya no se trata de la derecha que existió en Chile hasta 1973, la cual había perdido sus referentes ideológicos por la bancarrota del liberalismo a principios del siglo XX y por la escisión de la vertiente socialcristiana del tronco conservador y su posterior izquierdización.

El poseer un proyecto ideológico le permite a los partidos de derecha (especialmente a la Unión Demócrata Independiente, UDI) concitar adhesiones fuertes, movilizar militantes con mística y también regular el personalismo en las luchas internas de poder.

A su vez, la renuncia por parte de los partidos de la Concertación (PPD, PS y PDC) a construir ideologías con proyección los ha dejado sin referentes firmes de futuro, sin promesas duras con las cuales soportar las contingencias del presente, asunto especialmente necesario cuando se ejerce el poder en medio de una fase depresiva del capitalismo mundial. Pero esta situación también los deja sin un freno potente respecto de las disputas internas, las cuales se vacían de un sentido universalizable y se convierten en meras luchas cuyo objetivo principal es el propio poder. ¿Por qué los partidos progresistas han abandonado sus referentes ideológicos, por ejemplo el Partido Demócrata Cristiano su comunitarismo, el socialismo su marxismo o la socialdemocracia su reformismo? Por supuesto que no tener ideologías de referencia les sirve para “abstenerse”, esto es para no verse obligados a plantear alguna alternativa al mundo actual, cuestión de difícil verosimilitud. Pero esa pérdida del sentido trascendental de la política, que estaba asociada a la posibilidad de transformar el mundo, fue durante mucho tiempo la gran fuerza del pensamiento progresista. Su debilitamiento ha significado una pérdida considerable, difícil de paliar, por mucho que se insista en la idea de que es lo que hay.

d) La política en un marco de consenso

Este sistema de partidos sin polaridad, además con una desideologización unilateral, ha generado un campo en el que los actores integrados participan de algunos acuerdos básicos.

Por supuesto que en el sistema anterior de partidos con relaciones antagónicas de polaridad, también los componentes del sistema participaban de alguna modalidad del consenso. Pero éste no tenía un carácter sustantivo sino sólo procedimental. Las unidades en disputa estaban unificadas por la posibilidad de acceso más o menos competitivo al poder político o sus instrumentos, pero no por un acuerdo respecto de los fines mismos.

Ahora se advierte la situación contraria. Existe consenso sustantivo entre los principales partidos, en la medida en que los actores

principales comparten la adhesión a ciertos macrofines, como el papel central de la iniciativa privada y el papel puramente regulador del Estado, la apertura de la economía al exterior como norma general, el rol decisivo del mercado y la necesidad de flexibilidad laboral, entre otros.

Se puede discutir la génesis o el proceso de constitución de ese consenso sustantivo pero se hace difícil hacerlo de su no existencia en la actualidad. Basta analizar las plataformas políticas de la última elección presidencial, en la cual el candidato de la Concertación ha representado al ala izquierda más significativa. La similitud existente expresa o pone en evidencia la amplitud del consenso sustantivo, puesto que por lo menos en los discursos no hay diferencias, ni importantes ni menos decisivas, entre los candidatos de la Concertación y los candidatos de la derecha.

Es probable que al principio muchos sectores socialistas aceptaran las políticas de mercado sólo como una necesidad impuesta por la correlación negativa de fuerzas. Pero la adhesión existente se fue transformando de la mera aceptación en una amplia convicción. La prueba de ello serían, por ejemplo, las reformas laborales presentadas por las fuerzas en el gobierno. Éstas tuvieron también la aceptación de los sectores que se denominan “socialdemócratas”, pese a que incluso perfeccionaban el modelo imperante de flexibilidad laboral.

Desde el punto de vista del sistema de partidos, la existencia de consensos básicos de fines delimita la naturaleza de los conflictos intercoalicionales. Estos pueden adquirir en algunos momentos una gran virulencia verbal, pero no son conflictos sobre los fines esenciales, respecto por ejemplo al modo de producción de bienes. Las discrepancias de fines se circunscriben a los temas culturales (divorcio, píldora del día después, aborto terapéutico), en algunos de los cuales existe incluso una cierta transversalidad de las opiniones.

e) La situación de copamiento coalicional

En el transcurso de los casi 20 años en que ha funcionado el actual sistema de partidos se advierte la tendencia a un creciente copamiento del campo político por dos grandes coaliciones, la Concertación y la Derecha, denominada esta última Alianza por Chile o simplemente Alianza. La situación descrita ha tenido lugar tanto en

los eventos presidenciales como en las elecciones parlamentarias y municipales.

En las elecciones presidenciales de 1989 la Concertación y la Derecha obtuvieron en conjunto 84.7% de los votos. El resto de la votación le fue arrebatada a la derecha por un candidato populista conservador, Francisco Javier Errázuriz, el cual obtuvo 15.3%. La Concertación no experimentó ninguna pérdida hacia su izquierda porque tanto comunistas como humanistas votaron por el candidato de la Concertación, pues se creó una atmósfera de “unión sagrada” contra la derecha.

En las elecciones presidenciales de 1993 se produjo una dispersión un poco más pronunciada, pese a lo cual el candidato de la Concertación, Eduardo Frei Ruiz Tagle, obtuvo una mayoría superior a la del candidato anteriormente triunfante, la cual fue 58% contra 55.2% que obtuvo Patricio Aylwin. Las dos grandes coaliciones sumaron en esa elección 82.4% de los votos. La alta votación de Eduardo Frei Ruiz Tagle es sumamente significativa, porque la Concertación sufrió pérdidas por la izquierda (ecologistas, comunistas y humanistas) que llegaron al 11.4%, pero estuvieron compensadas por las pérdidas mayores que sufrió la derecha, en comparación con la anterior elección presidencial.

En la elección presidencial de 1999 las dos grandes coaliciones obtuvieron 95.5% del voto en la primera vuelta presidencial. En esa oportunidad se produjo un reforzamiento del carácter coalicional bipartito del sistema. Esa situación se prolongó hacia las elecciones municipales del 2000 y del 2005, donde prácticamente se repitió la misma situación.

El carácter indispensable de las coaliciones, que las ha transformado en estables, hace que éstas funcionen en la práctica como un gran partido constituido por alas. A su vez el copamiento bicoalicional ha dado como resultado una fuerte mitigación del modelo tripartito, que había tenido una larga presencia en el sistema político chileno entre 1932 y 1973. Esto ha significado el debilitamiento del impacto de los partidos que se encuentran a la izquierda de la Concertación.

A su vez el carácter indispensable de las coaliciones ha terminado por eliminar el privilegio del centro. La Democracia Cristiana siguió siendo uno de los partidos más importantes del país, en relación con el porcentaje de votación, pero en las elecciones presidenciales

de 1999 y del 2005 debió resignar sus pretensiones de liderar a la Concertación, eligiéndose entonces a los socialistas Ricardo Lagos y Michelle Bachelet. Pese a eso la Democracia Cristiana no pensó ni por un momento en llevar candidato fuera de la Concertación, apelando a la posibilidad de pasar a la segunda vuelta.

f) La situación de empate

Este copamiento del campo político por las dos grandes coaliciones ha devenido en una situación que puede considerarse nueva. Pese a que en 1989 la derecha sólo obtuvo 34.2% y en 1993 el 36.6% en las elecciones parlamentarias, la Concertación no logró obtener mayorías en las dos Cámaras, como consecuencia de la composición mixta del Senado que existía hasta entonces. Sin embargo, en el nuevo Parlamento elegido en 1997 la Concertación tuvo una doble mayoría, pero no fue efecto de un alza electoral sustantiva ni siquiera de nuevas normas de designación de los senadores no electos, sino específicamente del cambio de los "designadores".

La novedad desde el 2005 en adelante consiste en la existencia de un empate político. Esta situación es en parte producto del cambio del sistema político, pues ya no existen senadores designados, cuyo color depende de quienes los designan, lo que cambió desde 1989 hasta que se produjo la reforma constitucional. Pero además la derecha elevó de una manera muy significativa su votación en las elecciones presidenciales. En los comicios de 1989 la suma de los votos del candidato oficial de la alianza de derecha (Hernán Buchi) y del candidato populista de derecha (Francisco Javier Errázuriz) alcanzó al 44.8%, un poco más que la votación pro Pinochet en 1988, el 44.1%. Pero en las elecciones presidenciales de 1993 la votación conjunta de la derecha llegó apenas al 30.6%, repartida en 24.4% del candidato oficial (Arturo Alessandri) y 6.2% del independiente de derecha José Piñera. En comparación la votación obtenida por Joaquín Lavín seis años después fue extraordinariamente alta, pues concito el 47.51% de la votación en la primera vuelta. De hecho si la candidatura de la comunista Gladys Marín hubiese respondido a las expectativas de las encuestas que situaban su votación cerca del 5%, Joaquín Lavín hubiese podido ganar ese primer turno.

A su vez en las elecciones presidenciales del 2005 hubo dos candidatos competitivos de derecha que se repartieron los votos en la

primera vuelta. Sebastián Piñera obtuvo un poco más de 1 750 000 preferencias, correspondiente al 25.41% contra el 23.23% de los votos obtenidos por el candidato UDI, Joaquín Lavín, lo que representa en su totalidad el 48.64%. En la segunda vuelta Sebastián Piñera obtuvo 46.50% de la votación total, lo cual además de ser menor a la de Joaquín Lavín en los comicios anteriores es menos que la suma de los votos obtenidos por los dos candidatos de la derecha en la primera vuelta.

En todo caso, el mejoramiento de la votación derechista permite hablar de una situación de *cuasi* empate en la correlación política de fuerzas, por lo menos en lo que respecta a las votaciones para elegir presidente. Además, para efecto de los comicios presidenciales del 2009 el candidato de la derecha Sebastián Piñera es señalado por las encuestas, a menos de un mes del evento, como el eventual ganador.

LOS COMPONENTES DEL SISTEMA DE PARTIDOS

La derecha

Entre 1966 y 1973 la derecha chilena adquirió por medio del Partido Nacional una representación monopartidaria, modificándose la situación de 30 años de bipartidismo o de tripartidismo. En efecto, hasta la década de 1940 la derecha había estado organizada en dos grandes partidos, denominados Partido Liberal y Partido Conservador. A propósito de la discusión sobre la ley que ilegalizaba a los comunistas esa última organización se dividió, creándose el Partido Conservador Social Cristiano, el cual en 1958 se fusiona con la Falange Nacional.

Luego de la dura derrota electoral de 1965 de los partidos Liberal y Conservador a manos del Partido Demócrata Cristiano, estas fuerzas se fusionan con otras ligadas a ciertos líderes, creándose una organización única llamada Partido Nacional, el cual estaba vigente en el momento del golpe militar.

Pero después del fracaso en 1988 de la unificación de las diferentes corrientes en que se había dividido la derecha a partir de las "protestas populares" de 1983, volvió a establecerse un sistema de dos partidos, con Renovación Nacional y la Unión Demócrata Independiente.

El primer partido mencionado constituyó en su origen una organización híbrida formada por caciques pinochetistas y jóvenes dirigentes de orientación liberal. Estos últimos tomaron la dirección del partido para poner en práctica un programa de construcción de una derecha democrática, a cuya cabeza estuvo Andrés Allamand.

Sin embargo la pugna interna entre liberales y pinochetistas, la cual tuvo uno de sus momentos más álgidos a propósito de los acuerdos alcanzados por la dirección de Andrés Allamand para modificar por consenso la Constitución de 1980, terminó por anular el proyecto de darle a Renovación Nacional la identidad del partido liberal democrático de la derecha. Los caciques pinochetistas no soportaron la distancia que los dirigentes liberales querían marcar con el régimen militar, de modo de crear una identidad por diferencia con la Unión Demócrata Independiente.

La operación que intentaron aquellos liberales fue la de constituirse en el partido más democrático de la derecha, crítico de los aspectos negativos del régimen militar y mucho más abierto en la discusión de las reformas constitucionales. Con esa maniobra se intentaba hacer cargar a la UDI con la nostalgia del pinochetismo.

Sin embargo, la oposición de las corrientes pinochetistas terminó por neutralizar la operación liberal. Renovación Nacional devino un partido sin perfil demasiado definido, pese al esfuerzo de algunos parlamentarios que trataron de marcar un liberalismo cultural o que tomaron actitudes de reconocimiento de los crímenes de la dictadura.

Terminaron opacados por el carisma de masas y el casi 48% del electorado conseguido por Joaquín Lavín, de procedencia UDI, en la primera vuelta de los comicios presidenciales de 1999. De ser un partido con proyecto, con identidad liberal, Renovación Nacional se convirtió durante un tiempo en una organización con menos perfil que la Unión Demócrata Independiente.

Estas contradicciones internas han tenido efectos en la situación electoral de Renovación Nacional. En las elecciones parlamentarias inaugurales de 1989, Renovación Nacional aventajó en forma clara a la UDI. Obtuvo más de 1 200 000 votos, convirtiéndose en el segundo partido detrás de la Democracia Cristiana con 18.28% y 29 diputados electos, contra 11 de la UDI. Era claramente el partido dominante de la coalición.

Pero en las elecciones parlamentarias de 1997, casi ocho años después, Renovación Nacional consiguió 16.77%, muy cerca de la UDI, obteniendo 23 diputados, sólo seis más que su rival en la coalición. En las elecciones municipales del 2000 obtuvo 15.55%, unas décimas menos que la UDI, la cual se convirtió por pocos votos en el primer partido de la alianza de derecha. Una derrota simbólica.

El factor que más ha afectado a Renovación Nacional ha sido el desdibujamiento de su perfil, cuestión que la UDI logra paliar gracias a su asociación con el liderazgo de Lavín. Quizás el recambio que tuvo lugar con la entronización de Sebastián Piñera como líder presidencial en los comicios del 2005 y del 2009 permita a Renovación Nacional revertir esa situación.

Hasta 1990 el perfil básico del partido UDI fue la defensa sin concesiones del gobierno militar y de su Constitución. Fue esa organización la que hizo naufragar muchos intentos del sector liberal de Renovación Nacional para llegar a acuerdos con la Concertación en materias de reformas constitucionales.

Ese perfil a favor del gobierno militar se combinaba con otra dimensión de su identidad, el catolicismo conservador. Esta dimensión del partido se manifestaba con mucha fuerza en la discusión de los temas culturales, donde la UDI se alineaba contra el relativismo y el liberalismo cultural.

Este perfil se desdibuja con la aparición del fenómeno Lavín. Él es un ex militante de la UDI, quien ocupó cargos en el gobierno militar y escribió un libro apologético sobre esa experiencia titulado *La revolución silenciosa*. El liderazgo de Joaquín Lavín se forjó de manera inicial al ser alcalde de Las Condes, una comuna homogénea de sectores de altos ingresos, donde construyó la imagen de un "emprendedor creativo". Sobre la base de esa representación, la de alguien que sabe resolver problemas que preocupan a la gente, se preparó para enfrentar a la Concertación, intentando apropiarse de la idea del cambio, el cual significa para Lavín modificar el estilo de quienes ya llevan diez años en el poder y han agotado su dinamismo.

Las circunstancias políticas de ese periodo, entre ellas la detención de Pinochet en Londres, obligaron a los constructores de imagen del candidato derechista a intentar distanciarlo de aquella figura estigmatizadora. Pese a esa actitud, tomada en momentos de gran polarización de los adeptos de Pinochet, no perdió votos hacia su

derecha. La candidatura de Arturo Frei Bolívar que en sus inicios fue montada como castigo por la distancia de Lavín con el caudillo, no obtuvo ni siquiera 0.5% de los votos.

El otro elemento importante en la construcción del perfil de Joaquín Lavín ha sido la aparente autonomía respecto de los partidos de la coalición, expresada en ciertas opiniones que no estaban de acuerdo ni con su propio partido.

La relevancia adquirida por la figura de Joaquín Lavín ha afectado de cierta manera a la UDI. La imagen de ser el más fiel guardián de la obra de Augusto Pinochet ha tenido que dejar paso al realismo que proyectan los constructores de la imagen del líder presidencial. La UDI ha estado obligada a guardar una cierta prudencia para no contaminar demasiado al candidato surgido de sus filas o para no forzarlo a discrepar.

Por supuesto que la penetración de Joaquín Lavín en los sectores populares se apoya en la labor de largo plazo del aparato partidario. La UDI ha sido heredera de los antiguos partidos ideológicos de la década de 1960. En su propia mística, el ingrediente católico desempeña un papel importante, por tanto también lo hace la conexión de muchos de sus militantes con organizaciones militantes del tipo Legionario de Cristo u Opus Dei. Ambas tienen un aparato poderoso en cuya organización se combina abundante financiamiento, lo que les permite solventar a militantes insertados en el trabajo poblacional, y potentes convicciones.

Estos cuadros han desarrollado una acción coordinada y bastante innovadora en el nivel municipal, mediante la cual los municipios con mayores recursos dirigidos por alcaldes UDI prestan su colaboración a otros de menos recursos con el objetivo de ejecutar proyectos de seguridad ciudadana o de empleo.

La Concertación

Como se sabe esta coalición, la cual fue creada para enfrentar el plebiscito de 1988, ha logrado elegir a cuatro presidentes, lo cual significa que a fines de la administración de Michelle Bachelet habrá gobernado durante 20 años. La otra experiencia coalicional de larga duración que registra la historia política chilena del siglo XX fueron las alianzas de centro-izquierda entre 1938 y 1948. A partir

de entonces se sucedieron gobiernos sin continuidad entre 1952 y 1970, los de Carlos Ibáñez, Jorge Alessandri y Eduardo Frei Montalva. Esto significa que la Concertación ha tenido una duración inédita, lo que demuestra una gran capacidad de otorgar gobernabilidad. Está constituida por cuatro organizaciones: el Partido Demócrata Cristiano (PDC), el Partido por la Democracia (PPD), el Partido Socialista (PS) y el Partido Radical Socialdemócrata (PR).

Se partirá examinando el caso del Partido Demócrata Cristiano. Numerosos científicos políticos extranjeros, especialmente europeos, dedicados al análisis de Chile, a menudo se confunden al tratar de explicar a la Democracia Cristiana. Confunden el rol desempeñado por los partidos de orientación socialcristiana en la Europa de la segunda posguerra con el rol efectuado en la política chilena por ese partido que surgió en 1958 de la fusión de la Falange Nacional, los conservadores socialcristianos y ciertos políticos que habían apoyado al presidente Carlos Ibáñez entre 1952 y 1958.

La Falange Nacional, el principal componente de la fusión aludida, participó en 1941 en su primera gesta electoral, no logrando hasta 1956 superar el 4% de los votos. Solamente en las elecciones parlamentarias de 1957 se elevó sorpresivamente al 9.4%, comenzando un acelerado crecimiento que en las municipales de 1963 la convirtió en el primer partido de Chile con más del 20% de los votos.

Ni la Falange ni el Partido Demócrata Cristiano fueron, como en Italia y Alemania, el principal partido católico situado hacia la derecha. En realidad, con él ocurrió lo contrario, pues representó una organización católica de orientación progresista, influida no sólo por las Encíclicas sociales de los papas sino también por la teoría de la "nueva cristiandad" de Jacques Maritain y por el personalismo comunitario de Joseph Lebreton y Emmanuel Mounier. Basándose en esos componentes postularon la necesidad de instaurar un orden social alternativo al liberalismo capitalista y al colectivismo, que denominaron comunitarismo o socialismo comunitario.

El volcamiento en las tareas gubernamentales entre 1964-1970 y la lucha contra la Unidad Popular entre 1970-1973 produjeron transformaciones en el partido señalado, la principal de las cuales fue el debilitamiento de las preocupaciones de contenido más utópico. Sin embargo, pese a eso, la Democracia Cristiana siguió insistiendo en las negociaciones con la coalición gobernante de principios de 1972, en la instauración de un área especial de la economía, llamada

de “empresas de trabajadores”. Este planteamiento representó un intento de materialización del ideal comunitario, presentado con mucha fuerza como diferente del estatismo que se le atribuía a la Unidad Popular.

Como se ha dicho, en la actualidad la Democracia Cristiana ha dejado casi totalmente en el olvido, no sólo las orientaciones más transformadoras de su pensamiento, sino incluso las críticas doctrinarias al capitalismo, material clásico de las Encíclicas sociales, incluso de las de Juan Pablo II. Dejó de ser el partido doctrinario e ideológico que había sido para convertirse en un aparato de reproducción de poder.

Esta desvalorización de la ideología le ha ocasionado al partido aludido un debilitamiento de su capacidad de producción cultural. De haber sido desde el inicio un partido preocupado de producir y divulgar pensamiento político, por medio de la Editorial del Pacífico, de la revista *Política y Espíritu* o del Instituto de Estudios Humanísticos, se ha convertido en ese campo en una organización silenciosa. A través del diario *la Época* y de la revista *Hoy* conservó hasta hace unos años la capacidad de incidir en los debates culturales de la sociedad chilena. Actualmente es un partido prácticamente carente de intelectuales orgánicos y, por ende, de un discurso significativo.

El proceso de neoliberalización transversal de los partidos le ha afectado con fuerza, disolviéndose con ello lo que era su especificidad ideológica. También como partido del campo cristiano ha sido afectado por la deriva de la Iglesia Católica hacia el conservadurismo moral. Por lo tanto en la actualidad carece de gran parte del atractivo y de la capacidad de seducción que tuvo en la primera mitad de la década de 1960, cuando culminó su crecimiento de un modo espectacular.

Este debilitamiento del partido se ha manifestado en el terreno electoral. En las elecciones de marzo de 1973 la Democracia Cristiana obtuvo 28.7% de la votación. En la primera elección de diputados posdictadura reapareció con 25.99%, manteniendo el estatus de primer partido del sistema. En las elecciones de diputados de 1993 subió al 27.12%, pero en 1997 descendió al 22.98% y en las municipales del 2000 bajó aún un poco más, consiguiendo 21.62%. Aunque sigue manteniendo la primera posición en la lista de poderío electoral, está lejos de la situación de partido dominante de 1965 hasta 1967, cuando llegó a tener 42.3 y 35.8% de los votos respectivamente.

En los comicios municipales del 2004 el Partido Demócrata Cristiano mantuvo la primera posición con una votación del 20.3%, levemente disminuida respecto al año 2000 pero casi idéntica a la votación de las elecciones parlamentarias del 2005, en las cuales obtuvo 20.76%, consiguiendo mantener el primer lugar de la competencia electoral.

Pero en las elecciones municipales del 2008 el partido analizado descendió al tercer lugar, pues obtuvo 13.96% contra 16.1% de Renovación Nacional y 15.11% de la UDI. Perdió el carácter de primera fuerza que había obtenido desde las elecciones de 1963 en adelante.

Por ello los próximos comicios del 2009 constituyen un evento de gran importancia para esa singular organización, con características de partido “agarra todo”.

El Partido por la Democracia

Se trata de un partido que aspiraba a ser una fuerza no tradicional en el contexto chileno y que surgió para el plebiscito de 1988, sobre la base del agrupamiento de ex militantes de otras fuerzas políticas, que cubrían todo el espectro e iban de la derecha democrática hasta ex dirigentes y militantes del Partido Comunista, como Antonio Leal y Fanny Pollarolo.

La intención inicial en el momento de la formación de este partido fue la creación de una organización del tipo ómnibus, semejante a la que se formó en Brasil en la etapa final de lucha contra la dictadura; organización que también en el caso chileno debía servir para agrupar a fuerzas democráticas en caso de una legislación electoral que impidiera el uso de los nombres históricos de los antiguos partidos. Más tarde derivó en un intento de creación de una izquierda moderna en momentos en que no era demasiado clara la evolución que iba a experimentar el clásico Partido Socialista (PS).

El PPD, el cual ha funcionado como una asociación de caciques parlamentarios con fuerte exposición mediática, ha estado nucleado por una ideología progresista bastante laxa. Por ejemplo, evita el uso de la denominación de izquierda y la clasificación de socialista, como si ambos términos pertenecieran a un estadio anterior, ya superado, de la política. Pero esto no significa que el conjunto de los dirigentes del partido pueda ser clasificado como liberales, aunque

han pertenecido a la organización algunos militantes muy activos en esa corriente transversal.

En sus campañas políticas el énfasis ha estado colocado en la defensa de derechos ciudadanos (sean propietarios estafados por una inmobiliaria o jóvenes maltratados en el servicio militar), además de los temas culturales y ecológicos. La presencia de las temáticas clasistas tradicionales es más tenue, como también lo es la participación de sus militantes en las organizaciones sindicales.

Pese a ser un partido recién formado consiguió desde la municipal de 1992, primera elección en que existen datos comparables, colocarse al mismo nivel de votación que los socialistas. En esa ocasión obtuvo una votación incluso superior, 9.21% contra 8.53%, aunque en las parlamentarias de 1993 se colocó unas décimas por debajo de los socialistas, alcanzando 11.84% contra 11.93%. Y en las parlamentarias de 1997 unas décimas por arriba, 12.55% contra 11.05%. En las municipales del 2000 bajaron levemente al 11.71%, pero superando de nuevo a los socialistas por muy poco.

En el nuevo siglo el PPD ha tenido resultados contradictorios. Éstos fueron muy buenos en las elecciones parlamentarias del 2005, pues obtuvo 15.42%, convirtiéndose en la tercera fuerza electoral y bastante malos en los últimos comicios del 2008, pues se clasificó bastante por abajo del PS, con 8.5% contra 11.17%, aunque dentro de un campo en el que las dos primeras fuerzas a nivel nacional son de derecha.

Estos resultados, aun con los vaivenes que se han mostrado, revelan que existía espacio para una organización con menos carga histórica que el PS, la cual además intentó promover una política autocalificada de más moderna y de menos ligada a la memoria izquierdista. Este partido consiguió abrirse un espacio político pese a que ha funcionado como una organización con una espesa trama de cliques internas.

El Partido Socialista

La transformación experimentada durante la época de la dictadura por este partido fundado en 1933 ha sido muy relevante para la estructuración del actual sistema de partidos. Pasó a ser una fuerza

realista y adicta a las coaliciones, habiendo sido todo lo contrario, una organización de carácter maximalista, que durante la Unidad Popular criticaba al Partido Comunista como fuerza conciliadora y habiendo sido también una organización que se oponía a la negociación con el centro.

En estos 20 años de gobiernos de la Concertación, en que los grandes cambios han sido mínimos, el Partido Socialista sostuvo lealmente los dos gobiernos demócratas cristianos y también la segunda candidatura de Eduardo Frei Ruiz Tagle. Este partido que antaño criticó tan duramente la administración de Salvador Allende, generando una oposición de izquierda dentro del frente, ha impulsado con ímpetu el apoyo a la Concertación. En los años posteriores a 1990 en que dirigió la organización la denominada ala izquierda, a la cabeza de la cual ha estado Camilo Escalona, se han ejecutado políticas realistas, evitándose plantear exigencias desmedidas. Incluso puede decirse que esos sectores de la llamada izquierda del Partido Socialista han estado bastante lejos de impulsar un ideario socialdemócrata de izquierda.

Esto significa que en la organización señalada se pueden detectar corrientes de cuño neoliberal. El Partido Socialista también ha estado afectado por el liberalismo transversal.

Desde el punto de vista electoral los socialistas han mantenido una situación de *cuasi* empate con el PPD, aunque sin superar en ninguna oportunidad desde 1989 el 12% de los votos. El PS fluctuó en un registro porcentual estrecho, entre 8.53 y 11.80%, mientras que el PPD se movía en un registro porcentual bastante más amplio, entre 6.96% y 15.42 por ciento.

El PS actual tiene poca continuidad con el pasado, pues refundó su historia, convirtiéndose en una corriente socialdemócrata con tintes programáticos neoliberales, después de haber intentado ser desde su fundación un partido marxista y con ideología revolucionario. El gran cambio que se observa desde 1989 en adelante en esta organización es su apego al realismo y la decisiva contribución a la gobernabilidad que ha realizado durante los 20 años de la Concertación.

Sin embargo, el PS, una de las organizaciones más antiguas del sistema político chileno (sólo por detrás del Partido Radical y del Partido Comunista) no ha logrado conseguir una distancia electoral nítida respecto del PPD, un partido nuevo.

El Partido Comunista

Este Partido, fundado por Luis Emilio Recabarren en 1922, no ha podido recuperar entre 1989 y el 2008 la fuerza electoral obtenida desde 1970 hasta 1973. Sin embargo, ha conservado influencia dirigencial especialmente entre los profesores y en la Central Única de Trabajadores.

Las razones de esta inflexión electoral suelen atribuírsele de manera principal al régimen electoral binominal con posibilidad de coaliciones. Éste tiene importancia por el hecho de que el PC ha quedado en las elecciones comprendidas entre 1992 y 2008 fuera del sistema de alianzas y, por tanto, aun sacando porcentajes altos en algunos distritos no ha tenido posibilidad de elegir candidatos. Como ya hemos indicado, la situación de empate entre derecha y Concertación que se implanta desde las presidenciales de 1989, ha operado induciendo al voto eficaz, en momentos en que todavía un triunfo de la derecha representa una fuerte carga simbólica, difícil de aceptar para el votante comunista menos alineado contra la Concertación. Es muy plausible que esa conducta de voto útil antiderecha explique en parte el bajo nivel de la votación comunista.

Pero el régimen binominal permite comprender la imposibilidad de los comunistas de obtener escaños en las elecciones parlamentarias y quizás también el bajo porcentaje de las municipales del 2004 y del 2008, las que (como se sabe) no se rigen por el binominal. Pero no explican el hecho de que el PC no haya podido subir del 8% de los votos desde 1989, muy por debajo de los resultados obtenidos entre 1970 y 1973. Esa situación está relacionada con otros factores.

Uno de ellos puede ser el viraje comunista hacia la “rebelión popular” que tuvo lugar en la década de 1980 y la formación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez que ocurrió en 1983. Esa estrategia, tan distinta de la tradicional línea comunista de los “frentes amplios”, que el partido había sostenido desde 1933 hasta 1979, produjo un aislamiento respecto de las otras fuerzas políticas, en un momento muy particular de la lucha contra la dictadura militar. Ese momento estuvo caracterizado por tres acontecimientos: *a)* la división en 1979 del Partido Socialista en dos partes, una fracción moderada y una ortodoxa, *b)* la transformación del PDC en un interlocutor válido con la izquierda moderada, *c)* el comienzo del proceso de formación de alianzas amplias entre el centro y la iz-

quierda, como la Alianza Democrática, de las cuales el PC (que había clamado por ellas desde el día siguiente del golpe) quedó afuera, y *d*) el desarrollo de la crisis económica de 1982, la cual crea condiciones favorables para la amplitud de las protestas iniciadas en 1983.

Ese aislamiento del PC llegó a su punto decisivo como consecuencia de los sucesos de 1986, un “año decisivo” al revés, puesto que tuvo lugar el descubrimiento de los arsenales de Carrizal Alto y la realización del atentado fallido contra Pinochet en Las Vizcachas.

Aunque el PC había llamado a votar por el no en el plebiscito e incluso apoyó la candidatura de Patricio Aylwin en las elecciones presidenciales de 1989, pagó un doble costo por su cambio político. Un costo hacia la izquierda, pues intentó desarmar al Frente, el cual finalmente se dividió, y un costo hacia el centro porque, entre los sectores moderados entonces en crecimiento, quedó señalado con el estigma de haber impulsado una política militarista.

Las pugnas por el cambio de política debilitaron al PC, puesto que mermaron la credibilidad de la dirección y desencadenaron resentimientos, ya que se trató de un proceso muy duro. En los años siguientes al término de la dictadura militar pesó sobre el PC el hecho de no haber planteado un análisis autocrítico de esa política, por lo menos uno de carácter más abierto y más público que los realizados.

También pesó sobre los comunistas su adhesión irrestricta de muchos años a la URSS y a los llamados “socialismos reales”, incluido el periodo del estalinismo. Fue tan fuerte la complicidad del partido con la política de la URSS que significó el apoyo a la invasión de Checoslovaquia e incluso a la de Afganistán, sin que ni siquiera en la actualidad se hayan revisado a fondo esas relaciones.

Pero lo más importante es que tampoco se ha revisado la concepción del socialismo que postuló el PC. En la actualidad, y por cuestiones que van incluso más allá del fracaso de esas experiencias desaparecidas sin pena ni gloria, es básico hacerse preguntas sobre el modelo y también replantear las condiciones del socialismo para el siglo XXI.

Pero, como se ha dicho, el PC no ha revisado a fondo ni su política en los últimos años de la dictadura ni su actitud frente al campo socialista ni su teoría de la revolución y del socialismo. Estos silencios sobre cuestiones claves le impiden abordar la crisis de desencanto

y desaliento producido después de la simbólica caída del Muro de Berlín y también tener una posición más clara frente a las luchas del nuevo siglo. Por ello no es de extrañar que el PC no logre capitalizar las desilusiones producidas por la Concertación.

Más aún, este partido no tiene capacidad de abordar el fenómeno electoral más significativo del último tiempo, el cual es la penetración de la derecha en distritos con fuerte proporción de pobreza. La causa principal no es que los comunistas no realicen trabajo de base, pues reemplazan la falta de importantes recursos monetarios con la dedicación y entrega de los militantes. Pero su grave falla es que no plantean un discurso que calce con la mentalidad de masas muy despolitizadas, algunos sectores de las cuales apuestan al populismo de derecha. Los comunistas siguen haciendo un discurso válido para una época de cultura pública, el cual resbala en la epidermis de ciudadanos imbuidos de cultura privatizada.

POSIBLES ESCENARIOS

La posibilidad de un triunfo de Sebastián Piñera en las futuras elecciones presidenciales podría producir una reestructuración profunda del cuadro político. Sin embargo ese triunfo no puede darse por descontado, aunque las elecciones municipales del 2008 y en especial la campaña del candidato hacen creer en esa posibilidad.

La situación parece distinta de la que se presagiaba para las elecciones presidenciales del 2000. En esa ocasión Lavín obtuvo en primera vuelta 47.51% de los votos, mientras la coalición de derecha había obtenido apenas 36.26% en las parlamentarias de 1997, aquellas que generaron las expectativas de triunfo para la respectiva presidencial. Esto significa que en las presidenciales del 2000 el candidato derechista fue capaz de "mover" más del 11 por ciento.

Esto es bastante menos de lo que tendría que "mover" Sebastián Piñera, puesto que al 36.05% de la Alianza en las municipales del 2008 se le podría sumar la totalidad del 7.56% conseguido por la coalición denominada Por un Chile Limpio. Si esa operación no fructifica lo que debería "mover" el candidato derechista sería más o menos lo mismo que lo que tuvo que "mover" Joaquín Lavín en su oportunidad.

A su vez la Concertación consiguió en las parlamentarias 2005, realizadas en el mismo momento que las presidenciales, el 51.76% de los votos, contra el 45.96% de Michelle Bachelet en la primera vuelta. Eso significa que el 53.50% obtenido en la segunda vuelta por la postulante es más que la suma de su votación inicial y la de Tomás Hirsch, el candidato del Junto Podemos Más. La situación de Sebastián Piñera es inversa, pues sus votos más los de Joaquín Lavín en la primera vuelta suman 48.64%, mientras que el porcentaje obtenido por Sebastián Piñera en la segunda vuelta llegó al 46.50% de los votos. Quizás la diferencia corresponda a una bonificación que los ciudadanos le asignan a la Concertación, en virtud de su demostrada capacidad de gobernabilidad.

En todo caso un triunfo de Sebastián Piñera podría producir la atomización de la actual Concertación y también desencadenar procesos de reajuste en el Partido Socialista. ¿Podrían derivar esos movimientos en la formación de un poderoso polo antineoliberal a cuya cabeza podría estar un Partido Socialista aliado con otras fuerzas de izquierda? De ocurrir así significaría que esa organización, liberada de las responsabilidades gubernamentales, ha potenciado sus orientaciones socialdemócratas de izquierda por lo que podrían desgajarse del PS y del PPD las alas más neoliberales.

En todo caso lo que ocurra en el sistema de partidos chileno pasa por las condiciones en que se desarrollará el futuro gobierno. Todo hace presagiar que Eduardo Frei Ruiz Tagle leerá de manera restrictiva las condiciones económicas internacionales y sus efectos internos. Esto significa que lo más probable es que infiera que no habrá posibilidades para políticas de ampliación del gasto social. Su administración no sería, por tanto, muy diferente de la actual.

La incógnita la representa un posible gobierno de Sebastián Piñera, pues, por la composición de la coalición que lo apoya, su administración deberá mezclar políticas de modernización capitalista con políticas conservadoras.

Los rasgos de este segundo tipo no podrán estar ausentes, a menos que sean neutralizados los sectores más reaccionarios de la coalición. Esto último en la actualidad no parece probable.